



Un llamado a la dependencia

JUECES 13-15 • TEXTO CENTRAL: JUECES 15:18-20

Escrito por el Pastor José C. Díaz Morales

«Hay victorias que revelan el poder de Dios, y necesidades que nos recuerdan cuánto dependemos de Él».

La historia de Sansón nos enseña que tener un llamado no significa que dejemos de necesitar a Dios. Un hombre apartado desde antes de nacer, fortalecido por el Espíritu y capaz de vencer a sus enemigos, llegó a un momento en que no pudo sostener su propia vida sin clamar al Señor. Su mayor necesidad no fue una nueva arma, sino agua. Y en esa necesidad aprendemos una verdad para nuestra vida: **el poder recibido nunca reemplaza la dependencia de Aquel que lo concede.**

01 Separados antes de comenzar

Jueces 13 presenta a Israel viviendo nuevamente las consecuencias de su desobediencia. El pueblo había sido entregado en manos de los filisteos durante cuarenta años (Jueces 13:1). Sin embargo, en medio de aquella opresión, Dios anunció el nacimiento de Sansón. El ángel comunicó a la esposa de Manoa que el niño sería nazareo para Dios desde el vientre y comenzaría a salvar a Israel de los filisteos (Jueces 13:3-5). Antes de que Sansón pudiera demostrar fuerza alguna, ya existía un propósito divino sobre su vida.

La separación no era una invitación al aislamiento orgulloso, sino a vivir apartado para Dios. Ser llamado implica reconocer que nuestra vida no nos pertenece por completo: nuestros dones, decisiones y tiempo deben quedar a disposición del Señor. **La consagración precede al servicio.**

02 Aprender a escuchar en el proceso

Cuando Manoa recibió la noticia, no pidió primero una demostración del poder de su hijo. Rogó que el varón de Dios volviera a enseñarles cómo debían criar al niño que había de nacer (Jueces 13:8). Esa petición revela una actitud necesaria: antes de querer entenderlo todo, debemos estar dispuestos a recibir instrucciones. A veces deseamos alcanzar rápidamente lo prometido, sin detenernos a escuchar lo que Dios está formando en nosotros.

Jueces 13:25 declara que el Espíritu de Jehová comenzó a manifestarse en Sansón entre Zora y Estaol. Esos lugares marcan el comienzo de una historia que no se sostiene simplemente en la capacidad humana. El texto pone el énfasis en la acción del Espíritu. Los dones pueden abrir oportunidades, pero solo la cercanía con Dios puede sostener una vida de obediencia.

03 No confundamos el llamado con nuestros deseos

En Jueces 14, Sansón insistió en tomar por mujer a una filisteo porque le agradaba. Sus padres cuestionaron su decisión. El relato muestra que Dios estaba obrando aun en ese complejo escenario para buscar ocasión contra los filisteos (Jueces 14:1-4); sin embargo, esto no convierte cada deseo de Sansón en un ejemplo que debamos imitar. Una persona puede tener un llamado auténtico y, a la vez, enfrentar decisiones que ponen a prueba su discernimiento.

Debemos tener cuidado con aquello que nos agrada, pero nos aleja de escuchar. La intimidad con Dios vale más que la fascinación por un resultado. Que el Señor pueda obrar en medio de nuestras contradicciones no elimina nuestra responsabilidad de caminar en obediencia.

04 La fuerza no era la fuente

En Jueces 15, los propios hombres de Judá ataron a Sansón con dos cuerdas nuevas y lo entregaron a los filisteos. Las cuerdas eran un intento real de inmovilizarlo. Pero cuando el Espíritu de Jehová vino sobre él, las ataduras cedieron como lino quemado (Jueces 15:11-14). Luego Sansón encontró una quijada de asno fresca, y con ella derrotó a mil hombres. Llamó al lugar Ramát-lehi, relacionado con la altura de la quijada (Jueces 15:15-17).

Es significativo que la victoria no llegara por el arma más impresionante ni por la preparación humana más sofisticada. La Escritura destaca que el Espíritu vino sobre Sansón. **El instrumento fue una quijada; la fuente del poder fue Dios.** Nunca confundamos lo que el Señor usa con Aquel que hace posible la obra.

05 Después de la victoria vino la sed

El giro decisivo aparece en Jueces 15:18. Después de vencer a sus enemigos, Sansón tuvo tanta sed que temió morir. Entonces clamó a Jehová. Aquel hombre que había podido derrotar a mil filisteos no podía producir por sí mismo el agua necesaria para vivir. Su fuerza fue suficiente para la batalla, pero no para saciar su sed. En esa escena, el vencedor tuvo que reconocer su fragilidad.

Dios abrió una hendidura en Lehi, salió agua y Sansón bebió. Su espíritu volvió y se reanimó. Por eso llamó a aquel manantial En-hacore, «fuente del que clama» (Jueces 15:19). No debemos confundir ese nombre con Ramát-lehi: uno recuerda el lugar vinculado a la quijada; el otro, la respuesta de Dios al clamor. El relato nos dirige a una conclusión poderosa: **el Dios que nos da la victoria también es quien nos sostiene después de ella.**

06 Una dependencia que se renueva cada día

Cuando Israel atravesaba el desierto, Dios proveyó el maná día tras día. Su pueblo tuvo que aprender a confiar en la provisión divina y seguir sus instrucciones, incluso respecto de cuánto recoger y cómo prepararse para el día de reposo (Éxodo 16). Aquella experiencia nos recuerda que la fe no consiste en acumular seguridades para dejar de depender, sino en permanecer atentos a la voz de Dios en cada etapa.

También Jesús invitó a los sedientos a venir a Él y beber; Juan explica que hablaba del Espíritu que recibirían los creyentes (Juan 7:37–39). La imagen del agua nos ayuda a expresar nuestra necesidad de ser renovados por su presencia. No basta con recordar lo que Dios hizo ayer: hoy necesitamos su gracia, su Palabra y su dirección.

La invitación permanece

Tal vez hemos experimentado victorias, respuestas y puertas abiertas; o quizá atravesamos un tiempo de incertidumbre en el que no entendemos lo que viene. En ambos escenarios, el llamado es el mismo: depender del Señor. No fuimos separados para exhibir fortaleza independiente, sino para reflejar la fidelidad de Aquel que nos llamó.

Que nuestra oración no sea solamente «Señor, úsame», sino también «Señor, enséñame a permanecer cerca de ti». Que aprendamos a escuchar antes de avanzar, a obedecer aun cuando no vemos el desenlace y a clamar cuando nuestras fuerzas se agotan.

El mismo Dios que te sostuvo en la batalla puede abrir una fuente en medio de tu sed. La dependencia no es ausencia de fuerza; es reconocer de dónde procede.

Texto base: Jueces 15:18–20. Lecturas complementarias: Jueces 13–15; Éxodo 16; Juan 7:37–39.